



DAMASCO-PAMPLONA

Ataúlfo Sanz

Bashar-Damasco

Mi padre tomaba grandes vasos de té, un té aguado como el que toman los pobres cuando no tienen otra cosa que llevarse a la boca. Él decía que para los pobres siempre es lo mismo, estén donde estén y gobierne quien gobierne: trabajo y miseria. Aunque nunca se quejaba, le oprimía la tristeza inexplicable de las cosas que se van y por ello yo no le conté nunca que quería escapar de Siria.

El día de su muerte lo recuerdo muy bien, porque yo había ido a despedirme de la mezquita de los Omeyas. En Damasco, la ciudad del sol y los jazmines, la tarde caía perezosa y madura e, inesperadamente, el gran patio de mármol que da acceso al recinto se iba llenando de gente como si el país no viviera una guerra. Frente a la fuente de las abluciones, el mural bizantino de pequeñas teselas doradas brillaba

con luz propia, en contraste con el níveo mármol que lo recubría todo.

Tras terminar la oración de la tarde, salí de la mezquita con paso firme y paseé un rato por el zoco abarrotado de gente, antes de detenerme, en uno de los cafés del centro, para tomar un último té mientras veía encenderse las primeras luces de la ciudad.

En el aire ondeaba una luz indecisa y el cielo adquiría poco a poco tintes de incendio. Sin el disfraz del sol, la ominosa miseria que cubría la ciudad se revelaba en toda su crudeza. Damasco aparecía ante mis ojos como el peor fantasma de lo que había sido. Mi ciudad era ahora una ratonera gigante, rodeada de gatos que esperaban sin prisa a que la gente dejara sus casas, sus negocios y sus vidas para arrasar con todo, porque muchos huían al extranjero, pero otros muchos, los que tenían menos

recursos, venían a Damasco desde el norte y el sur del país, buscando refugio tras años de guerra. Para todos esos desplazados que habían visto derruir sus casas, la capital de Siria se les antojaba un lugar seguro, a prueba de las bombas de uno y otro bando, pero para mí no era ya un lugar en el que poder vivir.

Terminé mi té tranquilamente y me encaminé a la casa de mis padres para despedirme, pero de pronto, un ruido bestial, como de choque de trenes, hizo que me parase en medio de la calle y mirase al cielo. Todos los transeúntes supimos con solo mirarnos que otra bomba había estallado y empezamos a correr desparvoridos hacia nuestras ratoneras, buscando inconscientemente un lugar donde escondernos del desastre.

A medida que iba acercándome a casa, un fuerte y penetrante olor a quemado y los gritos de la gente me hicieron comprender que el atentado había sido cerca de la plaza de Los Mártires, un lugar destacado en la ciudad de Damasco desde hacía siglos. Mientras me acercaba a casa iba pidiéndole a Dios que no hubiera nadie de la familia herido, pero los deseos raramente se cumplen y antes siquiera de llegar ya sabía por los vecinos del barrio que mi padre había muerto: el coche bomba había estallado al lado de nuestra frutería, casi vacía tras años de guerra, pero que él se empeñaba en abrir cada día como había hecho toda su vida.

Yo no tenía madre, ni mujer, ni hermana, por eso fueron mis tías las que organizaron el velatorio en su casa, pues la nuestra también había sido destruida. El ataúd estuvo destapado toda la noche y en la sala había un calor que iba y venía. Al cadáver le habían vestido con un traje del abuelo que le caía muy grande y le tapaba las manos hasta hacerlas desaparecer. Mis tías se tiraban de los pelos y pateaban las tablas del suelo como poseídas por un demonio, mientras gritaban el nombre de mi padre y pedían a Dios que le acogiera en su seno.

Yo permanecía inmóvil, asistiendo a aquella escenificación de la muerte que en mi memoria siempre habría de ser descomunal, porque se había llevado para siempre muchas preguntas que ya nadie me respondería.

Me hubiera gustado ser valiente para defender mi tierra, pero yo en aquellos días no podía defenderme ni siquiera a mí. Mi padre decía que las revoluciones hay que hacerlas, aunque duren media hora, porque para mucha gente son la esperanza de que las cosas cambien y, sin esa esperanza, muchos acabarían quitándose la vida. Para mí, salir de Siria era ya una obsesión porque las obsesiones se fabrican con lo que no tenemos y yo allí no tenía nada.

El camino de Damasco a la frontera con Líbano es corto, pero los campos de refugiados de El Marj ya no daban más de sí por aquellos días. No había sitio, ni comida, ni asistencia médica, ni esperanza... Por eso opté por el norte, por la frontera turca, a pesar del riesgo que corría al tener cruzar una tierra que se había convertido en un campo de batalla.

Llegar a la frontera turca no fue fácil, pero lo peor todavía no había llegado. En Turquía la situación también era caótica y después de pasar varias semanas en el país decidí lanzarme al mar con lo poco que tenía, como tantos otros compatriotas, sobre una barca de madera precaria y sobrecargada, que debería llevarme a la tierra prometida en suelo griego.

Recuerdo que al iniciar la travesía hacia la isla de Lesbos, el sol brillaba en el mar rotundo como un platillo de cobre, mientras la barca se alejaba poco a poco de la costa turca. La distancia no es muy larga, pero la desesperación puede hacer que un minuto se haga eterno y yo ese viaje lo recuerdo como el peor de mi vida. En mi barca había madres, había niños sin padres, había abuelos y había jóvenes como yo, que todavía confiaban en encontrar un futuro mejor al otro lado del mar.

Javier-Pamplona

Nadie nos dijo entonces que en Siria ya había una guerra latente, aunque sus efectos no pudieran verse a simple vista. Entramos al país desde Turquía y visitamos Alepo, Palmira y unas cuantas ciudades más antes de llegar a Damasco, desde donde salía el avión de vuelta a casa. En todas esas ciudades siempre encontramos gentes que se escondían para hablar, que nos miraban con desconfianza, como si

temieran algo, y sólo cuando decíamos que veníamos de España se atrevían a hablar con nosotros en un inglés tan malo como el nuestro, pero que nos servía para comunicarnos.

Llegamos a Damasco al atardecer, después de un día entero en un autobús que olía exageradamente a queso de cabra, pues la gente del desierto subía y bajaba de un punto a otro sin haberse cambiado previamente de ropa. Apenas teníamos dinero y tampoco teníamos tiempo que perder, así es que abrimos la guía *Lonely Planet* y encontramos la pensión más barata de toda la ciudad, justo al lado de la plaza de Los Mártires.

Sólo teníamos que pasar allí una noche, pero cuando vimos cómo era el hostel casi salimos corriendo sin mirar atrás. La habitación que nos dieron estaba tan sucia que incluso en las paredes había restos de sangre y de pequeños insectos. Las sábanas, por llamarlas de alguna manera, tenían el color marrón de la ropa mal lavada y, en el suelo, las cucarachas hacían carreras entre nuestras mochilas. Pero lo peor no era la habitación, sino el lavabo común que estaba fuera, cuya puerta estaba estratégicamente taladrada para ver quién estaba dentro y qué es lo que hacía.

Había que pasar la noche como fuera y por eso, nada más dejar nuestras mochilas salimos a la calle en busca de aire fresco y de algo para comer. En esos días, Damasco estaba repleta de tiendas de zumos. Aunque era relativamente fácil encontrar alcohol en hoteles o restaurantes, lo más habitual entre los sirios era beber zumos de fruta o té. Nos paramos en una tienda cuyo vendedor llamó nuestra atención al oírnos hablar y nos explicó en un español muy básico, que su local se llamaba "Al Andalus". Para los sirios, España sigue siendo la tierra que conquistaron sus antepasados y no es extraño encontrar en sus calles nombres que nos resultan muy familiares.

Mientras nos entreteníamos con el vendedor, que estaba muy interesado en saber de nuestras vidas, me percaté de que había dejado el pasaporte en la mochila y volví sobre mis pasos. En el hostel de la plaza de Los Mártires casi no había luz, sólo una pequeña lámpara iluminaba la recepción. Me acerqué hasta allí y

toqué el timbre que había sobre el mostrador de madera desgastada. Al segundo, apareció el encargado y yo, que sabía cuatro palabras de árabe, me empeñé en pedir en su idioma la llave de la habitación. Al encargado le hizo gracia mi osadía y se empeñó en hacerme pronunciar bien la frase antes de darme la llave.

Entretanto, yo probaba una y otra vez, un poco harto de la situación pues tenía prisa, se abrieron unas enormes cortinas verde oscuro que tapaban la pared del fondo de la recepción y apareció un hombre delgado, de ojos almendrados, nariz aguileña y larga barba canosa, que se abalanzó sobre mí, me abrazó, me besó en ambas mejillas y me dijo en árabe: "Bienvenido, hermano musulmán".

Yo me quedé atónito, lívido como la túnica que llevaba el hombre, y totalmente paralizado. El recepcionista, por su parte, elevó los brazos al cielo y empezó a gritar "No. No. No es musulmán", bajando una y otra vez la cabeza como hacen los sirios cuando quieren negar algo. Después de unos segundos, yo conseguí zafarme del acosador y salí corriendo a la calle donde me esperaban mis amigos en el puesto de zumos.

Al verme llegar de esa manera, se dieron cuenta de que algo había pasado, pero cuando les conté el incidente que acababa de ocurrirme le restaron importancia y rieron a carcajadas. El frutero también comprendió lo que contaba, porque algo de español entendía, pero él no estaba para bromas. Con el semblante serio y bajando la voz para que nadie fuera de allí pudiera oírle, nos contó como pudo que la oposición a la familia Al-Asad llevaba mucho años actuando en la sombra, y que había sido duramente represaliada por el padre del actual presidente. El hombre que salió de la cortina era probablemente un miliciano opositor al régimen de Al-Asad y el local donde nos hospedábamos, seguramente una plataforma de reclutamiento internacional. Pasamos toda la noche sentados en la calle, con el frutero que chapurreaba español y se llamaba Bashar como el presidente de Siria, hablando de nuestras vidas y, entre zumo y zumo, bebiendo alguna cerveza ilegal que consiguió traernos, porque en Siria el alcohol

está mal visto. Al amanecer, antes de subir al hostel a recoger nuestro equipaje, nos despedimos entre abrazos y el frutero al estrecharme la mano abrió su sonrisa de oreja a oreja y me dijo en español “yo hermano, pero no hermano musulmán”, a lo que yo respondí con una franca y sonora carcajada con la que me liberé definitivamente de la tensión acumulada horas antes.

Esa mañana nos fuimos a visitar la ciudad, pues solo teníamos unas horas antes de salir de Siria y pasamos prácticamente todo el tiempo que teníamos en la mezquita de Los Omeya y en las calles que la rodeaban. Cuando por la noche cogimos el avión, todos teníamos la seguridad de que el país estaba al borde de una guerra civil y ahora, seis años después, cuando veo las imágenes de Damasco, Alepo o Palmira destruidas por las bombas de uno y otro bando, no puedo dejar de pensar en el hombre que me llamó “hermano”.

Bashar

Lesbos es un trozo de Europa, aunque no lo parece. Desde el mar, la isla se asemeja a una roca inhóspita, que se alza como un escudo protector frente a los que a ella arriban, pero una vez que llegas descubres que la isla es muy grande, que tiene montañas, valles y mucha vegetación, así como también kilómetros y kilómetros de playas bellísimas.

Nuestra barca atracó cerca de Mitilene, la capital de la isla. La ciudad se expande en torno a una montaña coronada por un castillo de piedra y una muralla que indica que ese lugar fue desde siempre territorio fronterizo.

Al llegar a la costa, los que teníamos la suerte de llevar puesto un chaleco salvavidas saltamos primero al mar para ayudar a que la barca no se hundiera. Recuerdo la sensación del agua sobre mi cuerpo sudoroso y sucio después de semanas en camino. El contacto con el Mediterráneo fue balsámico, como cuando iba al “hammam” después de estar toda la semana trabajando y me relajaba tanto que las horas pasaban sin sentir.

Cuando la barca por fin atracó y todos saltamos a tierra, nos volvimos locos de alegría. Había gente arrodillada que besaba la tierra

de Lesbos; otros lloraban sobre las rocas y se tapaban la cara con las manos para no mirar atrás, mientras los niños jugaban en la playa ajenos a todos y sus madres sacaban de las mochilas los escasos alimentos que habían podido traer consigo .

Javier

La vida está hecha de círculos concéntricos. El primero es tu familia, luego se forma el de los amigos, después el de los compañeros del colegio, del curro, la cuadrilla... Con el tiempo los círculos se cruzan, la mayoría de veces para bien, aunque siempre hay excepciones... El mayor error de mi vida fue asociarme con Peio “el abertzale”, no porque fuera euskaldún en Navarra, sino porque trabajar con él era imposible. Sin formación ni estudios, a los 18 no me quedaba otra que ponerme a “currelar”, porque mis viejos no eran ricos y hacía falta el dinero en casa. Alguien nos propuso descargar fruta en el mercado de abastos y allí nos fuimos los dos, Peio y yo, a pasar todo el verano. Pero las cosas casi nunca suceden como uno se las plantea y cuando llegó septiembre nos reenganchamos y nos quedamos ambos como fruteros titulares cuando el jefe por fin se jubiló. Como compañero, Peio no era bueno, pero como socio era aún peor. Aguantamos un par de años y al final le di un ultimátum: o me dejaba el negocio a mí o se lo quedaba él. Y claro, si a un vago, insolidario y mentiroso compulsivo le dices que tiene que hacerse cargo de un negocio, lo más normal es que se le venga el mundo encima... Para colmo, se iba a remodelar el mercado de Santo Domingo y ya se sabe que con las obras lo fácil es empezar...

Bashar

Los días se hacen eternos en el campo de refugiados. Sentado sobre el barro contemplo con tristeza cómo la lluvia lo va inundando todo. Los niños juegan a bañarse en los charcos que forma el barro, ajenos a lo que está pasando, pero yo me siento cada vez más como un mono en un zoológico, sin poder moverme, sin poder salir... esperando únicamente a que traigan algo de comer y de

beber, porque aquí no hay nada que hacer excepto pensar. Allí no nos va bien, pero incluso en nuestra miseria se esconde cierto orden. Siempre hay alguien que cocina, alguien que limpia, alguien que cuida a los que están enfermos.

Frente al dolor de los que huyen, los soldados y los periodistas. Las televisiones europeas hacen guardia en nuestro campo; unas veces hay más y otras hay menos, dependiendo de si somos o no noticia o de si no tienen otra cosa que emitir en sus canales.

Un día se acercaron hasta el campo unos periodistas de la televisión española. Para los sirios, España sigue siendo Al-Andalus, la patria de nuestros antepasados, por eso yo me levanté del suelo y me acerqué hasta donde ellos estaban. Físicamente, los periodistas de España parecían sirios, no como los alemanes o los ingleses; podrían haberse cambiado por alguno de nosotros y nadie se habría dado cuenta. Preguntaban a la gente de dónde venían y a dónde querían ir, pero también si tenían hijos o habían dejado familia en Siria. Detrás de la valla de protección que nos aislaba, la gente respondía gritando que no teníamos comida o que querían llegar a Alemania, pero yo estaba callado, pegado a la alambrada y pensando en todo lo que habíamos tenido que pasar hasta llegar allí. De pronto, la cámara me iluminó y una mujer periodista me puso delante un micrófono, al tiempo que me preguntaba en inglés si me gustaría ir a España. Yo tardé un tiempo en reaccionar porque el inglés que había aprendido en el colegio no daba para mucho, pero como sabía que los periodistas eran españoles les dije alto y claro que sí, en su idioma, para que supieran que yo podía entenderme en español como lo había hecho durante años con los turistas que pasaban por mi frutería de la plaza de los Mártires. También les dije que los sirios ya cruzamos el norte de África para llegar a España 1.300 años antes y que no me importaría volver a hacer ese viaje.

Javier

“Sinsorgo”. Así me llamaba mi madre cuando quería decirme que era demasiado ingenuo, o más bien tonto, pero a mí no me molestaba

porque yo sabía que lo decía con cariño. Ella siempre ha tenido un sexto sentido para según qué cosas. Cuando me asocié con Peio, me estuvo llamando “sinsorgo” un mes entero, pero cuando le conté que había visto a mi amigo sirio en la televisión, no lo dudó un instante y me dijo “hay que hacer algo; o te vas tú a buscarle o me voy yo”. A pesar de su mucha determinación, mi madre no había salido nunca de Navarra y tampoco conocía a Bashar más que por las fotos que yo le había enseñado. Aprovechando que tenía que empezar de cero tras la huida de Peio, viajé hasta Grecia y en Atenas cogí un ferri hacía la isla de Lesbos. Desde lejos, esta isla no parece muy grande pero cuando estás allí todo se magnifica, especialmente si vas solo, no hablas el idioma y no sabes exactamente cuál es tu camino.

Encontrar el campo de refugiados me llevó un día, pero luego dar con Bashar fue mucho más complicado. Yo no sabía nada más que su nombre y su procedencia, pero eso no servía para mucho, porque el nombre es de los más comunes en Siria y en ese campamento la mayoría de los refugiados procedían de Damasco. Menos mal que llevaba conmigo las fotos que nos hicimos años antes frente a la frutería de su padre y enseñándolas pude dar con mi amigo.

Cuando por fin nos vimos, a él le costó mucho identificarme y mucho más comprender qué estaba haciendo yo allí. Su cara era una mezcla de asombro e indiferencia, como si no fuera con él lo que estaba pasando, hasta el punto de que llegué a pensar si había cometido un error viajando a Lesbos.

Pasé varios días en la isla griega, tantos que incluso me dio tiempo a hacer turismo. Con mi inglés elemental podía entenderme con los griegos, que son además muy hospitalarios y, de hecho, fue un policía griego el que me ayudó a tramitar la salida de Bashar del campo de refugiados. El policía conocía la historia del árbitro sirio que encontró asilo en España después de salir en la televisión porque una periodista le había apaleado y ese caso sirvió como argumento ante las autoridades para poder salir de la isla. Bueno, eso

y que yo aseguré que éramos amigos desde siempre, que le estaba buscando desde hacía años y que tenía un trabajo para él en el mercado de abastos de Pamplona.

Bashar-Pamplona

Miro la televisión y siempre acabo llorando. No puedo dejar de pensar en todos los que todavía intentan salir de Siria, en los que están en los campos de desplazados, en las fronteras de Europa o en la isla de Lesbos, donde yo estuve... Después de todo, me digo, has sido afortunado. No tengo a dónde volver, pero tampoco quiero marcharme pues esta ciudad milenaria me recuerda mucho a mi Damasco y el mercado donde paso la mayor parte del día, a la plaza de la mezquita Omeya y a los zocos que la circundan. Yo pensaba que lo había visto todo en el mundo de las frutas y verduras, pero lo que tengo aquí supera con creces mis mejores sueños. Las alcachofas que trajeron nuestros antepasados son aquí

más grandes y más tiernas; los pimientos de piquillo, los cogollos de Tudela, los espárragos que se deshacen en la boca, los tomates, los pepinos, las cebollas y una verdura que llaman cardo y que me encanta. Todo tiene un sabor distinto, más jugoso e intenso, que me reconforta y me hace sentir bien. Además aquí están Javier, que es como mi hermano, y su madre, que es como si fuera la mía.. Y también Leyre...

Todas las mañanas, haga frío o calor, antes de empezar a descargar la fruta en el mercado me siento en la mesa de un bar que hay frente al mercado y me tomo un té, igual que hacía mi padre al abrir su frutería. Me han pasado muchas cosas desde la última vez que le vi, pero todos los días él aparece en mis pensamientos aunque solo sea un instante. Un soplo de recuerdo tan leve como el aliento de Leyre en mi nuca cuando duerme a mi lado por la noche; tan suave como sus labios contra mi mejilla. ■